

LA PIEL DE LA REVUELTA

JORDI SIERRA I FABRA



23 de febrero de 1905. Barcelona. Un niño de 11 años sufre un grave accidente en la fábrica de la Colonia Güell. Mientras se debate entre la vida y la muerte, el cura de la colonia, los dos hijos del patrón y los obreros de la fábrica ofrecen su piel para salvar la vida del niño, en un hecho histórico sin precedentes que el tiempo ha ido borrando y lo ha relegado prácticamente al olvido.

Por vez primera, obreros, patronos e Iglesia unen sus fuerzas en un acto singular que fue conocido en su época como «el hecho de la piel» y que tuvo una amplísima repercusión en los medios de comunicación y la vida cotidiana de la época. Esta es la historia de una familia obrera en la Cataluña de principios del siglo XX, los Vidal: padre, madre y cuatro hijos. Es también la historia de Esteve, que entrega su piel, y la de Ventura el héroe irreductible y rebelde que se niega a ser como los demás.

La piel de la revuelta que arranca en 1905 y se entrelaza con los acontecimientos de la *Setmana Tràgica* de Barcelona, es un fresco de una época crucial, escrito con minuciosidad en los detalles, ágil en la narración, con un estilo vigoroso, y una trama de alto voltaje. Por esta novela escrita originalmente en castellano, el autor obtuvo el Premio de Novela Histórica Néstor Luján, en su traducción al catalán.

*A Josep Padró i Margó,
que me inició en el camino
del Fet de la Pell.*

*Y a Jordi Viladomiu,
que me llevó hasta él.*

Primera parte:

La Colonia (1905-1906)

A) Los Vidal

1

El niño se movía rápido junto a las tinas de tinte.

Nadie le prestó la menor atención. Era su trabajo. Cada cual se preocupaba del suyo. Una jornada como otra cualquiera en la fábrica, la inmensa Güell y Compañía, Fábrica de Panas y Veludillos, como presidían los rótulos. Un día más en un invierno que se encontraba en su punto más álgido.

El niño se llamaba Josep Campderrós, tenía 11 años y procedía de Villafranca del Penedés, como sus padres, también trabajadores de la fábrica. Era el más pequeño de la sección de tintorería.

Todos le llamaban Pepet.

No jugaba. Se ganaba la vida. Un buen jornal. Era rápido, intuitivo, menudo y delgado.

Entonces, el descuido, el error.

Encaramado al borde del aljibe, de las *barcas*, como las llamaban ellos, intentó agarrar una de las correas. En el interior los tubos de metal inyectaban agua a una elevada temperatura. El recipiente estaba lleno de tinte, mezcla de pirolignito, caparrosa y un mordente.

Lo primero que los más próximos a él escucharon fueron sus gritos, o mejor decir sus alaridos. Cuando volvieron sus cabezas y comprendieron qué sucedía los que gritaron fueron ellos.

—¡Se ha caído dentro!

—¡Vamos!

—¡Cuidado!

El cáustico líquido de la tina bullía a una alta temperatura. Algunas manos se extendieron hacia el accidentado.

Dos le atraparon y tiraron de su cuerpo apenas ingrávido. Ya no era tan solo el olor del tinte el que les azotó las fosas nasales. Ahora fue también el de la carne quemada.

Pepet lloraba y gemía, rota su vida.

—¡Avisad al médico!

Lo tendieron al pie de la tina. Unos trataban de calmarle el ataque de pánico. Otros de impedir que viera lo inevitable, asustado. Los más de sujetarle, aunque solo fuera desde la parte superior de las piernas, presionando para que no las moviera. Las quemaduras eran terribles, en una pierna desde el muslo y en otra desde la rodilla. La masa sanguinosa humeaba mientras la corrosión todavía laceraba la carne, ahondando más las heridas. Ninguno se atrevía a tocar las zonas dañadas.

—Dios... —gimió uno de los obreros.

Era como si las piernas se le estuviesen encogiendo, como si el mal fuese a devorarlo el cuerpo entero.

Todo había sido muy rápido.

Y rápido acabaron llevándole en volandas hasta el doctor de la colonia, igual que si de cada segundo dependiera ahora la vida de Josep Campderrós, el Pepet.

2

En el momento de aparecer en lo alto del pequeño escenario, el teatro Fontova estaba lleno a rebosar.

Gaspar Vilarrubias pasó una primera mirada por los rostros de los cuatrocientos obreros, todos hombres, que llenaban hasta el último rincón del Ateneo. Los conocía sobradamente, uno a uno, y ellos le conocían a él. Formaban una familia, casi un modelo social, al amparo de la fábrica y la colonia que dependía de ella. Despacio, el silencio fue apoderándose del lugar hasta convertirse en una alfombra por la que transitar. Un silencio preñado de incertidumbres en el cual el cura pareció crecerse, recortando su larga so-

tana negra contra aquel claroscuro bañado por la tenue luz que los cubría.

—Queridos amigos y hermanos...

El preámbulo fue inexistente. La voz del sacerdote fluyó tan directa como firme. Sus manos se plegaron una con otra sobre el pecho.

—Todos sabéis lo que sucedió el pasado 23 de febrero, día en el cual nuestro querido Pepet se cayó a la tina que le abrasó las piernas. Y todos sabéis su agonía desde ese momento, su dolor y sufrimiento más allá de la razón —la primera pausa fue breve—. Nuestro médico, el doctor Josep Cunill i Blanch, trató desde el primer instante de aliviar ese padecimiento, pero la magnitud de las quemaduras era tal que pronto se hizo necesario trasladar al pequeño a Barcelona. Yo mismo lo llevé el 13 de marzo al Hospital del Sagrado Corazón de Jesús de Les Corts de Sarriá, con permiso del señor Güell, para dejarlo en manos del eminente médico doctor don Salvador Cardenal. Y como también sabéis, lo he visitado regularmente para interesarme por su estado. Un estado tan triste y dramático que ha motivado esta asamblea a la que tan unánimemente habéis acudido.

La segunda pausa fue igualmente breve, para tomar aire, para dar un paso, para quebrar la catarsis. Los rostros más cercanos le siguieron con interés. Los más alejados estiraron el cuello para verle mejor. La incertidumbre sin embargo era la misma en todos.

Josep Campderrós se moría. Eso era irreversible.

—Va a pedirnos que ayudemos a la familia —susurró uno de los obreros.

—Y que recemos —comentó otro.

Un codazo. De vuelta al silencio.

—Ayer mismo, hablando con el doctor Cardenal —continuó el sacerdote haciendo oír su voz igual que si hablara desde el púlpito—, me aseguró que la forma de salvar al pequeño era amputándole las piernas —permitió que sus palabras se adentraran en ellos—. Sin embargo, eso no es

del todo exacto, porque de existir, existe una alternativa más, difícil, muy difícil, pero que en este punto crucial se presenta como la más esperanzadora y única: injertar al niño epidermis sana sobre las llagas de sus piernas, confiando en que esa nueva piel cicatrice las heridas y restablezca su vitalidad.

Algunos obreros se miraron entre sí. Creció un murmullo.

—¿Es eso posible? —musitó una voz perdida.

—Ahora ya sabéis para qué estáis aquí, y el porqué de esta llamada urgente —anunció Gaspar Vilarrubias—. Necesitamos voluntarios. Hemos de dar porciones de nuestra piel para salvarlo de la muerte o de la amputación. Pero no basta un donante único, pues yo mismo me he ofrecido para ello. Se necesitarán algunos más para poder restaurar toda la zona abrasada, y es menester por lo tanto...

Se alzaron las primeras manos, unas tímidas, otras rápidas, igual que si alguien hubiera pulsado un resorte en ellos.

—Esperad, esperad —los detuvo el sacerdote forzando un gesto en el que mezcló alivio y pesar al mismo tiempo—. No es tan sencillo. Ha habido casos documentados, y es posible hacerlo, pero nunca se ha injertado piel en un paciente como Pepet, con tanta superficie de cuerpo dañada. He de deciros que la extracción de cada donante ha de realizarse en vivo, sin ningún tipo de anestesia o cloroformo, y que, según palabras del doctor Cardenal, es algo tan doloroso como si os serraran un brazo o una pierna en vivo, pues la cuchilla corta lo más sensible de nuestra superficie corpórea. No todos vais a servir, y hasta es más que posible que tras una primera operación deba realizarse una segunda con nuevos voluntarios dentro de unos días o semanas. Así pues, no os precipitéis. Os pido que esta noche meditéis bien vuestra acción aunque ya desde ahora os agradezca el coraje y el heroísmo que demostráis —el cura abrió los brazos—. Id a vuestras casas, los maridos consultad a

vuestras mujeres, los hijos a vuestros padres, y mañana, los que se sientan con fuerzas y voluntad suficientes, venid a inscribir vuestros nombres.

Todo había sido muy rápido. Tampoco hacía falta más.

Por encima del nuevo silencio, mientras las últimas palabras del sacerdote de la colonia arraigaban en ellos, los cuatrocientos obreros se miraron entre sí una vez más.

—Id en paz —les deseó Gaspar Vilarrubias—, y que Dios os bendiga.

3

Sentado a la mesa, Tomás Vidal escrutó los ojos de sus dos hijos varones presentes.

—¿Es eso posible? —preguntó.

—Dice el cura que sí —le respondió Esteve.

—¿Y qué vais a hacer vosotros?

Las dos mujeres dejaron de ocuparse de la mesa y la cena. Agustina, la madre, apareció como salida de las sombras junto a ellos. Su hija, Araceli, se mantuvo casi en un segundo plano. Las miradas convergían en ellos, en Ventura y Esteve.

—Mañana me presentaré para que me apunten, claro —manifestó Esteve.

—¿Por qué? —preguntó su madre.

—Déjale hablar —la conminó el cabeza de familia.

—¿Y para qué voy a dejarle hablar? —objetó ella—. ¿Es que no hay suficientes hombres?

Tomás Vidal la cubrió con una mirada cansada.

—Madre, escuche... —comenzó a decir Esteve.

—¿Y si fuera un hijo suyo? —se escuchó la voz de Araceli dirigida a la mujer.

—¿Así que además de dar la sangre hemos de dar la piel?

—Agustina, por favor.

Sus ojos se encontraron con los de su marido. Toda una vida juntos. Seis hijos. Cuatro vivos y dos muertos. Se conocían bien. Su amor, su resistencia, su orgullo, se había forjado en los años duros y difíciles. Desde su llegada a la colonia todo era distinto, aunque las huellas nunca se borrarán.

Eran indelebles.

—Puede que ni me escojan —dijo Esteve—. Nada más acabar de hablar el cura se han levantado más de cincuenta manos, y según parece bastará con una docena de voluntarios para esta primera vez. Pero tenía que hacerlo, ¿entiende, madre? Yo conozco al Pepet.

Ella tenía las mandíbulas apretadas.

—¿Y tú? —le preguntó a su hijo Ventura.

El joven plegó los labios. Estaba acodado sobre la mesa y ahora se echó hacia atrás. Tardó un largo segundo en responder.

—He pensado que era suficiente con un Vidal —respondió.

—Mañana irás a ofrecerte, como ha hecho tu hermano Esteve —dijo Tomás Vidal.

—No, padre —dijo él con naturalidad.

—Los amos...

—Los amos deberían preguntarse por qué tantos niños trabajan en la fábrica, aunque se diga que hacen trabajos menos arriesgados o fuertes que los hombres —le detuvo Ventura.

—Ellos son diferentes, y lo sabes —le atravesó con una mirada muy directa—. Los Güell no tienen nada que ver con otros que yo, por desgracia, he conocido. Deberías estar agradecido...

—¿Agradecido de qué, padre?

—¡No vayáis a discutir ahora! —alzó la voz Agustina—. A mí me dan igual los amos. Solo me preocupa mi familia.

Miró a Esteve.

—Madre, que no es peligroso —suspiró él.

Araceli empezó a colocar los platos. La sopa humeaba en el fogón, esparciendo su aroma por la pequeña estancia. Por un instante pareció que la disputa quedaba aparca-da, o muerta. Fue un espejismo.

—Un día tus ideas te llevarán por el mal camino, Ventura —le apuntó su padre con un dedo.

—Ventura es listo —Agustina se colocó detrás del se-gundo de sus hijos vivos.

—Esteve también lo es —lo defendió su hermano—. Cada cual lo es a su manera.

—No sé de dónde sacas tanto resentimiento —expresó con amargura Tomás Vidal de nuevo dirigiéndose a su mu- jer.

—Tú veneras al amo. Yo no.

—Madre, un día se le escapará esto por la calle y...

—¿Y qué? —cortó a Araceli—. ¿Van a despedirnos a to- dos? Un amo es un amo. Nosotros seremos siempre obre- ros.

—¿Sabes qué sería de nosotros si no trabajáramos aquí y tuviéramos esta casa? —la espetó su marido.

No hubo respuesta. El suave toque de unos nudillos en la puerta de entrada hizo que todos miraran en su dirección preguntándose quién podría ser dada la intempestiva hora. Araceli fue la que reaccionó primero. Cuando abrió la ma- dera y reconoció al visitante, su hermano mayor, Joan, se apartó de inmediato sin hacer comentario alguno.

—¿Le sucede algo a Josefina? —se alarmó su madre.

—No, está bien. Venía a comentaros la noticia.

—¿Qué noticia?

Joan se colocó junto a la mesa, sin intención de quedar- se. Desde que se había casado y ya no vivía allí su ausencia se hacía notar a pesar de la proximidad, porque en la colo- nia nada quedaba lejos, todos formaban una pequeña uni- dad. Josefina esperaba ya su segundo hijo en tres años.

—Los dos hijos del amo van a dar piel, como nosotros —anunció Joan—. Acaba de saberse que mañana se apun-

tarán los primeros en la lista, junto al cura.

Tomás Vidal buscó los ojos de su esposa una vez más.

No los encontró.

Lo único que se escuchó en aquel largo paréntesis fue el chasquido de la lengua de Ventura acompañando su gesto de burla.

4

En la misa matutina celebrada en la capilla de la colonia, antes de la partida, el padre Vilarrubias había dicho, además de glosar su sacrificio, su cristianismo y su generosidad por el acto sublime que estaban a punto de realizar, que aquel 4 de abril pasaría a los anales de la historia.

Mientras viajaba con los que finalmente habían sido elegidos para donar piel desde la Colonia Güell, en Santa Coloma de Cervelló, hasta Barcelona, Esteve reflexionaba sobre ello.

Era la primera vez que pensaba en eso, en "la historia".

A sus casi diecinueve años tenía demasiados sueños como para que cupieran dentro de algo tan ambiguo y pragmático como eso.

Los dos hijos de don Eusebio Güell, Claudio, el gerente, y Santiago, el director, ya se encontraban en el hospital. Gaspar Vilarrubias y ellos ocho pasaron casi de inmediato al quirófano donde iban a celebrarse todas las intervenciones, las de su donación y los implantes a Josep Campderrós. Eran las doce de la mañana. Mientras el médico hablaba y los alumnos de la Escuela de Medicina escuchaban, Esteve se sintió incapaz de estar concentrado. Era como si flotara entre el orgullo de su padre y las dudas de su madre.

Sin olvidar a Ventura.

—Suerte —le había deseado su hermano. Y le aseguró algo desconcertante—: Esto va a cambiarte la vida.

—¿Entonces por qué no te apuntaste tú también? Siempre hablas de cambiar la tuya.

No hubo respuesta. Solo aquella sonrisa.

Nadie sabía qué se ocultaba tras los ojos y la sonrisa de su hermano.

Nadie.

El doctor Cardenal les hablaba, a ellos y a sus estudiantes. Adoptaba el más enfático de los aires, con la solemnidad que requerían el momento y las excepcionales circunstancias.

—Procederemos pues a afeitar en los donantes las zonas que deberán ser operadas y, a continuación, extraeremos los pedazos de piel suficientes para cubrir la parte anterior de las extremidades del herido. Dentro de unos días, o semanas, dependiendo de su evolución, efectuaremos la misma operación con nuevos donantes en la parte posterior. Observen...

Esteve flotaba. Igual que en un sueño. La voz era la conductora. El hospital, el marco. Algunos de sus compañeros estaban pálidos, otros tenían la barbilla levantada con fingido desafío. Ninguno hablaba. Un obrero fuera de su trabajo era lo más parecido a una flor arrancada de su maceta o de su jardín. Se les llamaba héroes.

—... por lo que la piel, al ser desprendida del cuerpo, se encoge, y, en cambio, la herida producida por la piel arrancada se agranda. Las heridas de nuestro paciente miden entre quince y veinte centímetros de largo por unos siete de ancho. Nosotros extraeremos piel del lado derecho de nuestros donantes, concretamente fragmentos de entre dos por cuatro y dos por seis centímetros...

La lista inicial era de cuarenta y seis voluntarios. Había quedado reducida a treinta y cinco por diversos motivos. Y allí estaban ellos ocho, junto a los dos hijos del amo y el cura.

¿Realmente iba a cambiar aquello su vida?

¿En qué?

Quería a Joan, y a Araceli, pero Ventura era diferente. Siempre lo había sido. Por eso él lo adoraba, lo seguía, in-

tentaba parecérselo siempre.

Ventura tenía lo que ninguno de ellos: fuerza, carisma...

Y misterio.

Volvió a la realidad, al presente, al producirse la discusión.

Los dos hermanos Güell querían ser los primeros en dar piel, y lo mismo el padre Vilarrubias. Una curiosa pelea verbal. Ganó Claudio Güell por su rango de gerente. Al tumbarse en la mesa de operaciones y descubrirse que había sido vacunado recientemente, el médico le dijo que era mejor ser dispensado. Claudio Güell afirmó que no iba a moverse de la mesa, que le quitaran la piel y, si no servía, que la tiraran a la basura, pero que estaba allí para tal menester y no pensaba moverse.

Fue el primero.

Después su hermano Santiago, el cura...

—Son diferentes —repetía su padre una y otra vez—. Los Güell son diferentes, y esta colonia, la fábrica, también. Os lo digo yo.

—Esteve Vidal.

Su turno.

Nadie había proferido un lamento. Todos habían apretado los dientes. Esteve ocupó su lugar en la mesa de operaciones y cerró los ojos.

Ventura nunca se quejaba.

Él tampoco lo haría.

5

No hablaron hasta que la vieja tartana de El Niño se alejó por la carretera en dirección mar, siguiendo el curso del Llobregat, como si su conductor, los pasajeros o los mismos caballos pudieran oírles. Entonces fue Clementina la que rompió el silencio.

—¿Cómo está tu hermano?

—Bien —Ventura se encogió de hombros—. Se recupera sin ningún problema.

—Desde luego, fue muy valiente. Debió de dolerle mucho.

—Es joven.

—Huy, el viejo. Solo tienes cuatro años más que él.

—¿Te gustaría que yo también hubiera dado piel?

—¿Le va a quedar cicatriz? —eludió la pregunta ella.

—No —respondió sin estar del todo seguro.

—No me hago a la idea —la muchacha se estremeció.

—¿De qué?

—Pues de eso, que arrancándole la piel a tiras a una persona y poniéndosela a otra, la curen.

—Ya ves.

—Si no fuera porque fue idea del cura incluso diría que es cosa del diablo.

—No es como quitarle un pedazo de alma para dárselo a quien no la tiene, mujer.

Clementina le observó de hito en hito.

—¿Tú hablas de alma?

—Era para ponerte un ejemplo.

—Jesús, María y José —se santiguó vehemente.

—¿A qué viene esto?

—A veces me asustas, Ventura.

—¿Yo? —mostró aquella sonrisa inocente.

La misma con que la había cautivado a ella.

Y a otras.

—No te conozco.

—Pues llevamos ya bastante viéndonos.

—También sé que hay un sol detrás de las nubes negras de una tormenta y sin embargo no lo veo.

—Pero está —hizo un gesto ambiguo y trató de enlazarla por la cintura—. Anda, ven.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —Clementina barrió con la mirada arriba y abajo de la carretera, asustada. La luz del